

Memorias de un hombre que mira a otros hombres

Dr. Juan Bautista Branz
CONICET/IDAES
UNLP

Resumen

En el siguiente texto expondré algunas situaciones de mi biografía como deportista (futbolista), desde los cinco años hasta convertirme en profesional. La intención es cruzar esos datos que conforman una especie de herencia cultural, para desarmar mi desempeño como investigador –años después- de problemáticas vinculadas a la denominada masculinidad dominante. La modelación de mi masculinidad interfiere, asfixia y moldea la mirada puesta sobre los sujetos que investigué. Pero el convite para este texto es pensar cómo poner, analíticamente, todas las herramientas teórico/metodológicas al servicio de un distanciamiento crítico, una reflexividad rigurosa y un extrañamiento digno para pensar a esos sujetos poniendo en relación mi propia masculinidad. El clivaje de género nos delata a la hora de investigar. La relación investigador-género requiere de una atención particular. Esa que nos lleva a desarmar relaciones demasiado potentes en términos políticos, culturales, sociales, económicos: las que condicionan y/o determinan sociedades tan poco democráticas y tan injustas. Desmontar retazos de mi vida como futbolista (un mundo, sabemos, exclusivo para varones) ayudará a pensar cómo miro, cómo estoy y cómo aprendo a describir y comprender los modos en que se estructura esa masculinidad en diferentes espacios deportivos.

LA MASCULINIDAD DOMINANTE O EL JUEGO DE GANARLE A OTROS

Un vago recuerdo me encuadra en la puerta de la casa que habitábamos con mi familia, en Comodoro Rivadavia, en la Patagonia argentina, pateando por primera vez con mi hermano, nueve años mayor que yo. Hay nieve, hace frío. El segundo cuadro es un día soleado, en un club de la ciudad de Azul (ubicada al centro de la provincia de Buenos Aires), controlando una pelota y jugando con mi tío quien hacía las veces de arquero, un año después de la nieve. Tiempo después las secuencias toman la forma de recuerdos con mayor accesibilidad, más aprehensibles, promediando la década de 1980.

Desde allí mi derrotero ligado al deporte y, específicamente al fútbol, tendrá que ver con muchos compañeros, entrenadores, dirigentes e hinchas, todos varones. De “escuelita” a “profesional”. De niño a joven adulto. De “amateur” a “profesional”. Las mediaciones

entre mi trayecto de niño y joven estuvieron refrendadas por adultos varones de una generación atravesada por la última dictadura cívico-militar en Argentina (1976-1983). Quiero decir que la mayoría de referencias de varones que apuntalaron mis actividades en diversos espacios eran niños o jóvenes durante la dictadura. Con posturas críticas o con la omisión propia del miedo sembrado por los militares o, tal vez, con una leve simpatía por ciertas dimensiones del proceso neoconservador.

La escuela y el deporte se construyeron, históricamente, como espacios emparentados con “el orden”, “el respeto”, “la disciplina” y, central para estas reflexiones, con el aspecto que indica una visión y puesta en práctica de un mundo binario entre lo masculino y lo femenino. Las figuras del maestro, profesor, padre, entrenador, fueron centrales a la hora de modelar mi cuerpo, mi deseo, mi percepción y mi acción. Hay un elemento particular que se asocia a una verdadera hombría, cuya puesta en valor radica en demostrar todo tipo de discurso y práctica en donde se visibilicen características asociadas a la fuerza, el coraje, la valentía, la virilidad -todo- en el marco de la heteronormatividad y certificado por el resto de los varones que componen un grupo (casual o que perdura en el tiempo): el éxito.

El éxito, en términos socioculturales y contemplado como una concepción que abona a un proyecto dominante, se experimenta siempre y cuando se ajuste al marco heteronormativo, pero debe ser demostrado en todas las actividades en donde cada varón intervenga. Además de resultar un trabajador, empresario, deportista, amante, padre, hijo, estudiante, eficaz y eficiente, los varones portan y son atravesados en el cuerpo por los encuadres que implica una cultura masculina. Rigidez y sensibilidades asociadas a la provisión de ayudas y resolución de conflictos, se expresan a partir de caras, cuerpo y gestualidades, que permiten comprender la materialidad cultural de una historia de la masculinidad, entendida como hegemónica. Esos datos advierten una disposición de los varones en ciertos contextos, ineludible si se pretende ser reconocido, legítimo y verdadero. La hombría es imágenes, símbolos y representaciones, producidas y actualizadas -simultáneamente- en los cuerpos (propios y de la otredad). Es marca y huella de una cultura del sometimiento, de carácter probatorio al exponer a los niños y jóvenes a una noción de éxito, decía, vinculada a la ganancia, al extractivismo subjetivo y a la conquista. Quien no gane y no asuma la condición por la cual es reconocido en el papel que le espera queda -como mínimo- dispuesto al lugar del no-hombre.

La masculinidad dominante es eso: un lugar a ocupar, un juego para ganar (a otros) y un papel para actuar (siempre). No hay descansos ni margen de error.

HETEROSEXUAL, URBANO Y DEPORTISTA

En el año 2008 inicié mis estudios de posgrado, precisamente un Doctorado en Comunicación. Inmerso, desde mi tesis de grado, en el área de Deporte y Sociedad, continuaba con el análisis de fenómenos vinculados a las prácticas del campo deportivo. Decidí poner foco en un deporte practicado, históricamente, por varones identificados con las clases dominantes argentinas: el rugby. Me situé en la ciudad de La Plata (ciudad donde resido) para ampliar el conocimiento sobre ese deporte, su historia, sus participantes. Exploré, en aquel momento, los trabajos dedicados a analizar prácticas deportivas enfocados en las clases dominantes. Los ojos puestos en el clivaje de clase relacionado al Deporte no han estado en foco. Desconozco -más allá de alguna intuición- cuál es el motivo. Reponer a la clase como dimensión transversal implica el esfuerzo de pensar la anchura de experiencias concretas, particularidades y marcos teóricos e interpretativos: propios, de los interlocutores y de los propios con los de los interlocutores. La preocupación central fue desarmar el complejo sociocultural organizado en torno a la relación de esos varones con la denominada masculinidad dominante; cómo se es hombre, cómo se aprende, cómo se prueba, en qué consisten las ritualidades que delimitan -todo el tiempo- a “los verdaderos hombres” de los que no cumplen con los preceptos que se espera de un “verdadero hombre”. Pero también pensé una cuestión clave para analizar a esos varones de clases dominantes: qué es el tiempo libre y el ocio, qué hacen en su tiempo libre, con quién lo hacen y cómo lo hacen. La relación desigual entre la apropiación del tiempo y sus usos condicionan los espacios de sociabilidad y socialización pero, también, estructuran un orden simbólico en donde se distribuye prestigio y se jerarquizan, de manera cada vez más notable, nuestras sociedades. Todo esto, claro, puesto en contexto; espacios construidos históricamente por las clases dominantes latinoamericanas, haciendo hincapié en las diferencias en Argentina, sus procesos de estratificación de acuerdo a componentes etarios, étnicos y territoriales.

Mi enfoque para acercarme a materiales, discursos, prácticas estuvo impregnado de mis lecturas, mi trayectoria y el diálogo con mis directores. Entre el enfoque etnográfico y la sociología de la cultura emprendí el camino para conocer lo que, en términos antropológicos, denominamos “lo otro” o “la otredad”. Pero, ¿qué era lo otro en el campo de intervención analítica y reflexiva? Al comienzo, durante mis intentos en las entradas a esa porción del espacio social, cargaba con el peso del ropaje de lo que era o creía ser: un joven blanco, hijo de trabajadores enmarcados en la economía formal (y también, por

mucho tiempo, en la informal), con título universitario (junto a mis hermanos fuimos primera generación de egresados de la Universidad), heterosexual, deportista, con anclaje -central- en las dinámicas de la urbanidad como modo de habitar (en pequeñas ciudades, medianas y grandes). Entonces, conocer “lo otro” implicaría, en este caso, una relación de mayor distancia al compartir varios núcleos de representaciones, imágenes y modos de concebir el mundo; justamente porque el borde entre lo propio y lo ajeno no era transparente ni claro ni definido. Construir conocimiento con próximos, con “vecinos”, es renunciar -en algún punto- a la mirada clásica de quien hace etnografía como manera de volver inteligibles, comprensibles otras formas de transitar en el mundo. Los primeros tres años de inmersión en un campo absolutamente ajeno para mí, los encuentros con varones de clases dominantes que organizaban la mayor parte de sus vidas en torno a un deporte como el rugby, se me presentaron como inabarcables, incomprensibles hasta cristalizarse en una cotidianidad percibida, sentida y reflexionada desde un primer o segundo orden de análisis. Sin profundidad, sin lograr que suscite otro tipo de conocimiento que no fuera el que atraviesa (o atravesaba) mi sentido común y mi sentido común académico.

En ese momento, entendí que debía “comenzar de cero”, aprender a aprender para luego incorporar información que me resulte sorprendente dentro de algunos lugares comunes entre los que discurríamos mis interlocutores y yo: ésa fue la decisión que me permitió acceder a otro tipo de preguntas y prácticas diversas de investigación. Sumergirme en lo obvio: en que soy varón, heterosexual, deportista (o ex deportista) y transito entre una lógica de ciudad mediada por prácticas de urbanidad modernas. Es el sentido de “lo cercano” lo que pondríamos en juego con los informantes. Mayormente por mi iniciativa externa para comprender cómo modelaban sus identidades en relación a ser un “verdadero hombre” con la marcada autopercepción de ser “hombres importantes”, prestigiosos en un ranking dinámico, inestable, pero certero analíticamente cuando pensamos a las clases sociales (y cuando ponemos el ojo en quiénes son y cómo son las clases dominantes).

Comenzar de cero implicó comenzar de cero. Aprender todas las reglas del deporte. Mirar horas y horas partidos, entrenamientos, sesiones de musculación programadas, entender con/desde el cuerpo qué sensaciones lúdico/recreativas podían generarse al dar un pase de pelota o impactar en el cuerpo de un rival. Inicié una reeducación lúdica. Volví -casi- a fojas cero, sin olvidar el ejercicio reflexivo de “salir, entrar, volver a salir y entrar” constantemente: físicamente y de mis marcos de teorías y de interpretación. Lo hice con ellos. Ellos me enseñaron. Fue la forma que encontramos para que siguiera compartiendo

la pequeña porción de sus vidas que me mostraban o que decían mostrarme. Fue un pacto de varones que sabíamos que yo podía cumplir y respetar y que ellos estaban dispuestos a asegurarme, siempre y cuando fuese respetando el cerco que la institución te va añadiendo a través de sus actores, sus tradiciones, sus mitos, su historia y su vida cotidiana. Fue un pacto de hombres: ésa fue mi carta que no tuve que aprender. Toda mi vida firmé tratados invisibles con otros varones; desde la escuela de fútbol hasta compartir una ronda de historias sexuales contadas por los jugadores de rugby. Allí estaba lo obvio: yo también soy -en parte- como ellos.

ENTONCES, ¿QUÉ ES LO OTRO?

Rosana Guber comparte una preocupación vinculada a los antropólogos y a la reflexividad en la práctica investigativa, a la estadía en el campo y la propuesta de “volar rasante”¹ entre lo cercano, las teorías y hacer etnografía:

Los antropólogos partimos de las universidades cultural y socialmente cerca de nuestros hogares y cultura. Partimos a nuestras misiones investigativas con alguna lectura general sobre las experiencias de otros, pero debemos reabastecernos alto en el cielo con teoría proveniente de libros y artículos sobre algo que tenga que ver con nuestros temas. Luego bajamos al campo. No somos parte de él y le tememos a lo exótico y a su fatal atracción. Podemos peinar las olas de las ceremonias y la vida cotidiana, e incluso nos las arreglamos para sentirnos “en casa”, pero no debemos ignorar dos riesgos: ser expulsados o identificarnos con el Otro. Ambos riesgos pueden desviarnos del objetivo, la tesis. Luego, cuando empezamos a ver el objetivo/blanco, el buque-Otro, entramos en otra fase peligrosa: lanzar una idea, una respuesta a la pregunta inicial, o su reformulación. Así, para producir una tesis que nos aprueben jurados y colegas, necesitamos dejar el campo y establecernos en un escenario analítico no sé si más seguro, pero sí lejos de los buques y el mar (2018:68)

Compartir la mismidad con varones de clases dominantes que juegan al rugby en la ciudad de La Plata, en clave masculina (con todo lo que nos ordena nuestras vidas como varones la clasificada masculinidad dominante), fue la mejor decisión consciente que elegí para realizar mi investigación. Pero, a la vez, mi peor obstáculo para transitar todos los días, a toda hora, con determinados varones que se encargaban -y se encargan- de que el “dique diferencial” entre lo legítimo y lo ilegítimo se mantenga como eso: algo que separa, que excluye y, a la vez, que incorpora y que integra. Volar rasante fue, para mí, nivelar el grado de teoría sobre la masculinidad que el proyecto hegemónico de las clases dominantes argentinas, latinoamericanas, estadounidenses y europeas venían sosteniendo hace doscientos o más años, de acuerdo a la región. Cito estas cuatro regiones porque fue desde ahí que comencé a elaborar teoría sobre género y masculinidades (en plural), dada

¹ “Volar rasante” como metáfora de los aviones de guerra manejados por pilotos argentinos durante la guerra de Malvinas. El vuelo significaría mantenerse entre la superficie que conecte el punto de vista de los actores con las lecturas teóricas previas -y durante- el trabajo de investigación.

la circulación de literatura referida al tema que, por el año 2008, pude acceder, reordenar y volver a pensar en base a mis preguntas de los varones de clases dominantes de una ciudad de relativa relevancia social, cultural, política, económica y académica en Argentina. Colegas varones del campo académico marcaron el camino pensando al fútbol como espacio de privilegio de varones de clases y sectores disímiles, dada la historia y la composición social del fútbol en Argentina. Pero el cruce analítico entre masculinidad y clases dominantes todavía estaba marcada por la ausencia del foco enfocando hacia allí o, tal vez, por ciertas omisiones que también necesitaban de una discusión hacia adentro de nuestros espacios de trabajo. Menos aún tuve suerte rastreando trabajos que integraran la mirada desde el deporte, la construcción de masculinidades entre varones de clases dominantes. Todos los valiosos aportes de Eduardo Archetti, Pablo Alabarces, José Garriga Zucal y Verónica Moreira sobre fútbol y masculinidades me empujaban a la aventura de preguntarme -y también responder- qué había de diferente en el rugby argentino, que explicara la relación entre las formas de ser hombre en un espacio que estructura prácticas de ocio de varones con trayectorias de vida similares, la edificación de espacios de distinción en esferas pública y privada, las prácticas violentas y, sobre todo cómo son vividas y experimentadas las relaciones históricamente determinadas por un modelo de organización capitalista.

Dos vectores marcaron el rumbo de la investigación: primero, trazar líneas de contigüidad con trabajos dedicados a pensar los modos de vincularse de diversos varones en espacios donde, mayormente, sólo participan varones. Llegué a retomar referencias etnográficas logradas en cárceles o en análisis vinculados a jóvenes y ritos de iniciación sexual callejera, entre otros espacios y prácticas. Todo esto complementado con fuentes y documentos periodísticos, institucionales y literarios que los propios interlocutores me brindaron como posibilidad de acercarme a ellos -y a su mundo- en una inflexión que indicaba que no cualquiera puede ingresar y saber. El segundo, lo entiendo como fundamental. La experiencia de sobrevolar en el ángulo que supimos construir entre la porción de mundo que los interlocutores me quisieron contar y mostrar, y mis fragmentos de vida vueltos narrativa y complicidad cotidiana. Yo también debía entregar, contruidos y determinados los grados de confianza, guiones que certificaran -todo el tiempo- quién era yo y qué hacía ahí con ellos. Entonces la búsqueda de *lo otro* tomó el color, espesura y densidad descriptiva y teórica. La reposición de *lo otro*, del significado de lo propio (variable, dinámico, heterogéneo, aunque también regular y particular), suscitaba en el encuentro con el modelo y rol emparentado a cierta masculinidad que yo empecé a exhibir

compartiendo, además, que claramente yo no mantenía la regularidad institucional que asegura una trayectoria legítima en el grupo. Como se diría vulgarmente, yo no era del “palo”. No era como ellos. Sin embargo volaba rasante entre la teoría de clases y de masculinidad y mi propio cuerpo, que implicaba dejar de lado, por ejemplo, mi experiencia familiar atravesada por situaciones de faltas de recursos (sobre todo, en la década de 1990) económicos en donde mis imágenes apuntaban -inevitablemente- a los grupos que concentraban el poder en Argentina y, por lo tanto, las pocas posibilidades que tenían mis padres de conseguir un trabajo formal. Pude revertirlo en mi trabajo de investigación, explorando los modos en que se interiorizan pautas socioculturales -todos los días- en un contexto deportivo que exige, en todo momento, exhibir un modelo de hombre exitoso, moderado, aunque con determinada bravura para resolver situaciones que obligan a ampliar el repertorio de violencia(s) -siempre- legítima(s) hacia adentro del grupo. Pero también *lo otro* éramos las mujeres y los varones que no podíamos ni queríamos sostener un modelo de hombría tan rígido y severo en términos de dirimir, conservar y poner a prueba el propio poder y el del grupo de hombres. Muchas veces opté por ser “sacrificado”, sea entregándome a escenas que implicaban mostrar emociones y registros de sensibilidad emparentados (por los propios interlocutores) a prácticas femeninas o feminizadas. Así de estanco era el marcaje intragénero, y debo reconocer que co-existí en la tensión de ser expulsado. Nunca en volverme como se dice, “nativo”. Las razones, obvias: mi trayectoria social, con suerte y posibilidades en el camino, claro. Mi estructura estructurante *-en movimiento-* no coincidía con el núcleo duro de representaciones, símbolos e imágenes de varones de clases dominantes. Y algo fundamental; había algo a lo que no podía volver, luego de esos tres años en donde la clave fue prefigurar el pacto de mostrar(me) o, por lo menos, ahora era parte de mi reflexividad como varón: la vergüenza de ser parte de quien perpetra violencias, somete y acepta las pruebas del honor masculino. Vi mi propia oscuridad en un espacio que me invitó -sin tarjeta ni decoros- a salir del espanto de esa forma cultural cuyas modelaciones son propias del esplendor histórico de la cultura patriarcal pero, con la singularidad que cada deporte le cuece en relación a la clase, la región, la etnia y lo etario. El espanto del descubrimiento de mis complicidades, mi condición de ultrajado (más o menos que muchos) y mi relación testimonial frente a ese modelo de hombre que se continua en el marco de la exhibición de potencias sexuales, económicas, culturales, políticas todo el tiempo, no fue mi historia como hombre. Posibilitó, como instrumento reflexivo, rearmar un mapa de pura opacidad en nuestras sociedades, difícil de asir (por fuera del sentido

común en el deporte²) analíticamente para volver inteligibles las diferencias entre espacios diversos, y entre los mismos deportes que analizamos.

MIRAR A OTROS HOMBRES

Si algo hemos aprendido los varones entre nuestras sociedades es a mirar. A mirarnos entre nosotros; mirada evaluativa, mirada inquisidora, mirada aprobatoria, mirada cómplice, mirada anulatoria. Todas las formas de mirar de acuerdo al contexto aprendido y aprehendido. Cada mirada (o miradas) corresponde con una escena por vivir o ya vivida. Lo cual instiga a un margen de error cada vez pequeño: tanto para hacer y mostrar cómo, efectivamente, mirar y evaluar a otro (de manera individual o grupal). Por supuesto que hay fisuras, y no es lo mismo mirar y atestiguar en grupo que de a dos. En esta última instancia hay otras licencias que entre el grupo no. Mostrarle algo ilegítimo a uno no tiene el mismo costo que mostrarlo al grupo. El modelo de masculinidad culturalmente punitivista se basa en la mirada. En una pedagogía de la mirada. Aprender a mirar; desde el comienzo de nuestros tiempos al momento estructuralmente más sólido de sociabilidad y socialización.

La primera vez que vi un cuerpo de un hombre adulto desnudo fue a los 12 años, en la ducha de los vestuarios del club en donde jugaba al fútbol. No era cualquier hombre, era el entrenador. Esperó (intuyo) que yo me fuera a bañar (ya no había nadie en esa zona) y se plantó en la ducha de enfrente, mostrando su cuerpo desnudo y mirando el mío. Allí no había cortinas, ni elementos que solventaran el juego de las miradas. Pues de eso se trata el juego masculino de las miradas. Supe lo que era un cuerpo desnudo de manera involuntaria y sin consentimiento. Pero las reglas indican que el silencio es cláusula que -también- aprendemos los varones para no convertirse en otra cosa no esperada. Sólo fue una exhibición, inolvidablemente turbulenta.

Los varones sabemos mirar. Mi desafío se posaba en mirar más allá de la superficie. Era mirar como miran los otros y pensar desde dónde los estoy mirando yo. Entre otras normativas, también la mirada varón-varón puede llegar a representar un deseo por fuera de cualquier análisis o probatoria de la “verdadera masculinidad”. Según el contexto, mirar a un hombre, sostenerle el cuadro y el enfoque, puede implicar una condena que

² Me refiero a que cuando hablamos de masculinidades y violencias, como ejemplo, la tendencia del discurso dominante (y las estrategias de resguardo de cada grupo social) es la de presentar las formas de esas violencias como homogéneas en todos las porciones del espacio social.

llevaría a quien lanza la mirada al lugar del deseo y la seducción. Elementos y fundamentos, claros, para la expulsión grupal.

Todo ello lo volví teoría, desde mi cuerpo y mis emociones. Desde las propias incomodidades y las ajenas (que también eran propias, al ser compartidas en un grupo que se nuclea en torno a representaciones e imágenes dominantes sobre lo masculino).

El desafío, ubicándome en mi tarea de compartir conocimiento que no refiera a una idea de un hombre genérico, ubicuo, sin “carne y hueso”, sin rostro, sin gestos, residió en cómo comunicar la relación de campo experimentada con los interlocutores. Cecilia Hidalgo, retoma y pone en relevancia el sentido comunicacional propuesto por Gérard Althabe, y dice:

Aquí no nos encontramos con un investigador que quiere corregir errores de interpretación, ni con introspecciones y análisis centrados en el investigador como sujeto en alguna medida abstraído del proceso de investigación en el que participa. Tampoco importan los textos y los discursos en tanto tales sino solo en la medida en que integran un modo de comunicación, que a su turno permitirá captar el sentido que los agentes atribuyen a la vida social. (2006:50)

La preocupación del registro comunicacional fue primordial. Cómo comunicar y a quiénes, descontando que la investigación circularía por ámbitos académicos. Pero el sentido del proceso de análisis de un hombre que estudia a otros hombres debe apostar a desbordar los márgenes de lo pautado por los estatutos que rigen nuestros estudios de posgrado. No como una falsa herejía sino porque el compromiso de volar rasante, poniendo en juego (de palabras, gestos, miedos, complicidades y exclusiones), debe valer -también- hacia fuera de las fronteras marcadas por una comunicación encriptada (en demasía). Si el cómo se resuelve, provisoriamente, entonces el cuándo y por dónde son las preguntas que siguen.

Bibliografía

Branz, Juan Bautista (2018) *Machos de Verdad*. Masculinidades, Deporte y Clase en Argentina. Primera Edición. La Plata: Editorial Malisia.

Guber, Rosana (2018) “Volando rasantes”... etnográficamente hablando. Cuando la reflexividad de los sujetos sociales irrumpe en la reflexividad metodológica y narrativa del investigador. En Piovani, Juan Ignacio & Muñiz Terra, Leticia (coord.), *¿Condenados a la reflexividad? Apuntes para pensar el proceso de investigación social*. Pág. 52-73. CLACSO. Editorial Biblos.

Hidalgo, Cecilia (2006) Reflexividades. En *Cuadernos de Antropología Social* N° 23, pp. 45-56. FFyL – UBA.